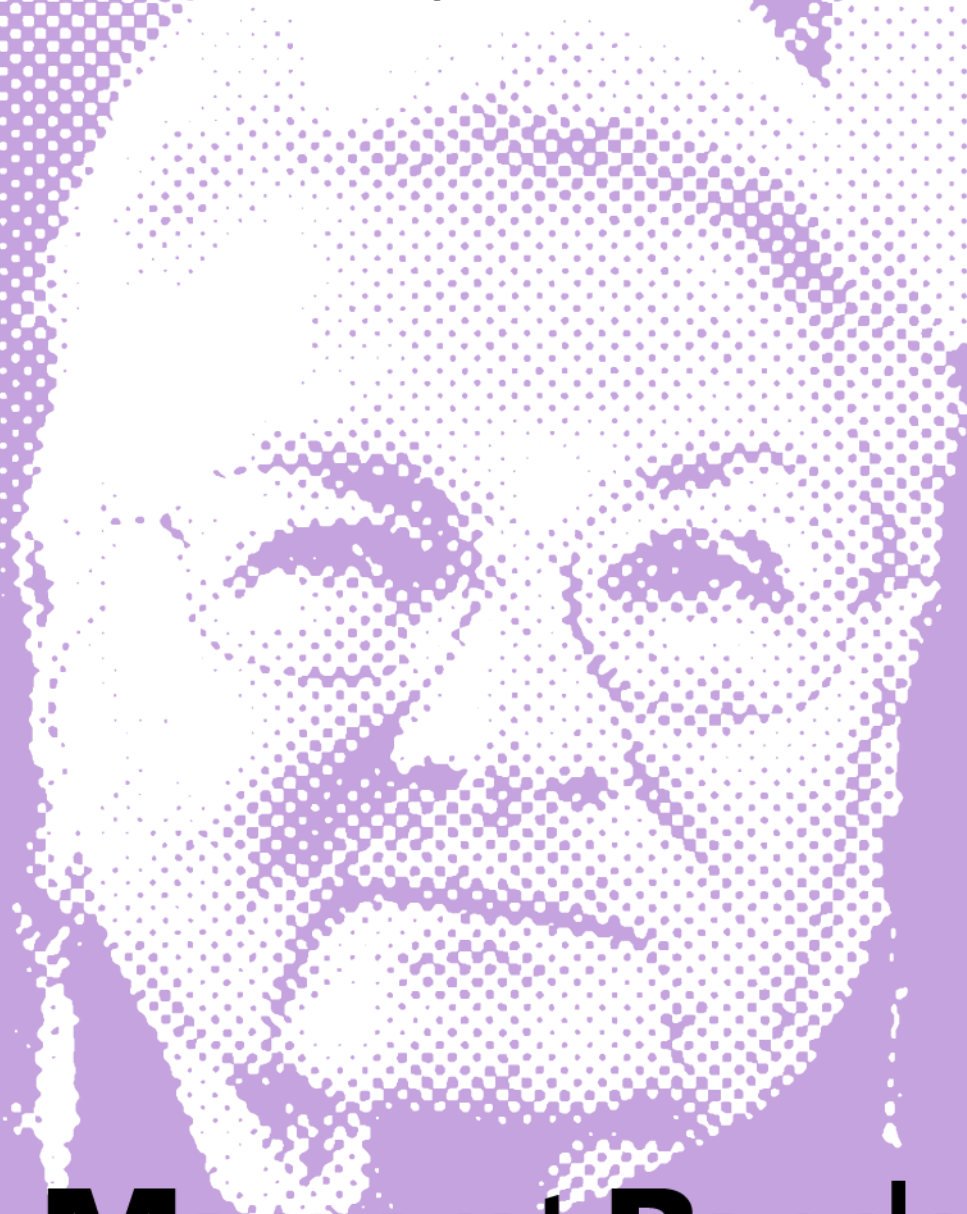


Entre los poetas míos...



Margaret Randall

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

Entre los poetas míos...

MARGARET RANDALL
(1936 - 2016)

Feminista, activista social, escritora, fotógrafa y poeta, su obra literaria puede ubicarse, en gran parte, dentro de la generación beat.

Nació en Nueva York en 1936, en el seno de una familia de intelectuales judíos que emigraron a Alburquerque (Nuevo México), cuando ella tenía once años de edad.

Durante los años cincuenta vivió entre los artistas del expresionismo abstracto neoyorkino y la generación beat.

Posteriormente, Randall emprendió un viaje de veintitrés años que la llevó a residir, temporalmente, en España, Vietnam y varios países latinoamericanos. En Cuba vivió los momentos de la triunfante Revolución; en México, en 1968, fue testigo de la revuelta y la masacre estudiantil; en Vietnam vivenció los horrores de una guerra desatada por el gobierno de los Estados Unidos de América. En Nicaragua compartió la toma del poder con los sandinistas... Toda su vida es testimonio de la inquietud y preocupación social que le movió a involucrarse en la defensa de los oprimidos, en pro de la justicia y los derechos humanos.

Por todo ello, su solicitud para recuperar la nacionalidad estadounidense le provocó problemas con la Administración de ese país.

La obra escrita de Randall se fue entretejiendo entre el inglés y el español. Abarca más de cien libros publicados con poemas, ensayos, entrevistas...

Como editora, durante los años sesenta fundó, junto con Sergio

Mondragón, la importante revista bilingüe “El Corno Emplumado” que durante los años de edición fue publicando la literatura más innovadora e importante de su tiempo.

Como profesora, dio clases en varias universidades estadounidenses entre 1982 y 1994.

Como poeta, ha sido una de las voces más originales del ámbito norteamericano. En su obra se refleja la mujer que ha luchado para permanecer a sí misma, luchando y actuando en tanto que sujeto, lejos de la vieja condición de objeto impuesta por el patriarcado.

Su poesía lo mismo aborda lo cotidiano como entra en los temas complejos de la existencia humana. Para Margaret Randall ser poeta implica una categoría de ser total, de ser humano completo, que está al tanto de su tiempo histórico.

Entre sus poemarios editados en castellano, citaremos: *El rizoma como un campo de huesos rotos* y *Dentro de otro tiempo: Reflejos del Gran Cañón*

Su importante labor literaria no acaba en la poesía. Sus ensayos han dejado una huella indudable. Entre los títulos citaremos: *Mujeres en la revolución*, *El espíritu de un pueblo: las mujeres de Vietnam*, *Las hijas de Sandino*, *Los hippies*. *Expresión de una crisis en 1968*, *Las mujeres* (1975), *Todas estamos despiertas* (1989)

Margaret Randall mereció, por su obra, diversos premios. Entre ellos citaremos los siguientes: En 1990 recibió el *Premio Lillian Hellman y Dashiell Hammett* para escritores víctimas de represión política. En 2004, el Pen Nuevo México le entregó el primer premio *Dorothy Doyle* por su vida dedicada a la escritura y al activismo en favor de los derechos humanos. En Ciudad Juárez, en 2017, le fue concedida la *Medalla al Mérito Literario*.

Esta admirable mujer murió en Portage, Pennsylvania, el 11 de noviembre de 2016, en vísperas de cumplir los ochenta años de edad.



Abriéndose como una roca

*Para Sebastián Pérez Mondragón,
nacido el 26 de enero de 2002*

Emergiendo. Olvidando. Olvidando
mientras emerge,
un niño lucha por atravesar el canal de nacimiento
impulsándose a sí mismo en el camino.
Se deshace de la memoria como una roca
se deshace de la luz
cuando el desierto trae la noche
sobre sus hombros.

Sebastián, tu máscara antigua
arrastra secretos
opacados por esta nueva conciencia
que te imponemos,
tus ojos siguen la mano de tu madre,
dejan dimensiones que ya no son sólo tuyas:
la curva del tiempo, la temperatura de las estrellas.

Un intercambio necesario, unidireccional,
su recompensa esta migración
de un lugar a otro,
este viento que se vuelve calor,
esta alegría subyugada en el arreglo rápido
—atrapando mientras crea
nuestra necesidad.

Sebastián, en tus mejillas demacradas
y boca perfecta
trazo lo que supiste alguna vez,
alturas y valles germinando sonido.
La memoria te suelta ahora

que te estiras para alcanzar la cuerda salvavidas
que te tendimos.

Un día, cuando detengamos nuestras guerras obscenas
en una temporada sedienta
regada por repentina lluvia del desierto
tu memoria perdida resurgirá a la vida
y nos reuniremos a tus pies.

¿Serás tú el que
nos enseñe a leer nuestro mundo
del centro hacia fuera
o te tragaremos completo
como aquellos otros
que cayeron de ese único lugar seguro
abriéndose como una roca
para sembrar sus secretos en nuestros ojos?

(traducción de María Vázquez Valdez)

Fuente: [Círculo de poesía](#)

Carta de Managua/uno

Todo lo que quieres hacer es matarnos, a aquellos
que sobrevivimos a tus múltiples ensayos generales
Aún no es tan grave: la mayoría de nosotros no alcanzamos
a ser personas para ti: no somos robustos ni de ojos azules
ni prometedores
según el test IQ vigente
o el de Rorschach que define tu sentido de vida.

Discúlpanos si no estamos de acuerdo
con tu definición de la bomba N
con la solución química binaria o con la solución Salvadoreña
como un analgésico adecuado. Estamos suficientemente
subdesarrollados
para querer lidiar con nuestro dolor de nuestro propio modo
primitivo.

Discúlpanos también si no podemos responder completamente
a tus preguntas acerca de nuestra sociedad, descríbela como
marxista-leninista o social-demócrata, pluralista aceptable
o adecuada para la libre empresa.

Si insistimos en la crudeza de explorar nuestro propio proceso
creativo
amando nuestra tierra con la pasión que 50,000 hermanos
y hermanas enraizaron en nuestras gargantas.

Discúlpanos, por favor, estamos siempre olvidando que
se suponía que debíamos pedir permiso para defender nuestra
verdad
y para distribuir nuestra risa como mejor nos conviniera.

No se molesten intentando comprender
nuestra forma de enseñar a nuestros soldados la poesía junto
con la defensa personal
el respeto propio y el cómo escribir sus nombres con tinta
en lugar de sangre,

Cuando nuestros abuelos lograron sobrevivir en esta isla
mandaste a tus Marines. Más tarde nos diste
a “uno de nosotros”: comprado
por tu Estilo de Vida Americano.
Él tenía un hermano y un hijo, un nieto
e infinitos bolsillos.

Dijimos adiós más de una vez
pero tú entrenaste a una legión de hermanos nuestros
los compraste y los mantuviste en forma
(para mantenernos en forma)
y la forma en la que nos mantuvieron fue cada vez más en
cajas de pino
horizontalmente. Aquí era un crimen
ser joven, y tú nos recordabas diario
ese crimen cometido por muchos y muy a menudo.

Pero seguimos olvidando, peleamos y surgimos por debajo
de tu inmortal amigo y de su protección.
Peleamos y ganamos, enterramos
a nuestras hermanas y hermanos (algunos eran rubios
o incluso llenaban tus estándares para ser personas)
y entonces comenzó nuestro largo dolor, nuestro gozo silencioso,
lo imposible
se hizo posible por nuestra historia de ojos y manos.

Sabemos que no llenamos tus estándares de 1982
para naciones dependientes.
Todo lo que tú quieres es asesinarlos. Todo lo que nosotros
queremos es vivir.

Managua, 2/1982

Traducción de Christopher Yescas.

Carta de Managua/dos

Ya no sentía ni el calor ni el dolor
cuando el fotógrafo me filmó
en 1987.

La masa negra carbonizada de mi cuerpo
era solo el espacio limitado de otra vida.

Una chispa movió huecos en esa imagen y emergí
radiante, completo
en la consciencia mi oscuridad aún es evocada
en una mujer anciana de Lima,
en una adolescente del sur de Chicago,
en un poeta londinense,
en estudiantes en Camberra, en una guerrilla
en Morazán.

Pero mi temperatura se elevó abrasando
las manos yacientes de Haig
cuando me levantó para condenar a mis hermanas
y hermanos,
para traicionar a los que pelearon y cayeron
y nacieron conmigo
aquel largo día de Septiembre.

En nuestro nuevo estado solo podemos ser usados
para la vida
no para la muerte
ni para justificar a aquellos que quemarían
nuestros nombres y ojos.

Ahora sufro por la tierra y el agua,
el fuego y el aire.

Solo apagando el napalm en Beirut,
reviviendo la sonrisa de la chica campesina en Vietnam
lavando la sangre de las calle de Chaltenango,
el Bronx, Santiago, San Francisco Norte, Belfast, San Juan,
seré capaz de dormir
enamorado en reposo alerta.

—*Managua/1982*

Traducción de Christopher Yescas.

Cosas 1

Dos bebieron de esta vasija, de sus afluentes contrarios,
hace diez mil estaciones.

¿Eran amantes? ¿Acusado y acusador? ¿Madre y niño?

Una pequeña espiral desértica pudiera haber señalado
un manantial o un ojo de agua.

Pudo haber acuñado una visión supernova.

El cabo del hacha dormía
en el Olduvai George
hasta que Leakey lo levantó de la arena.

El toro minoico de bronce asusta al tiempo
mientras la pequeña figura humana
salta una y otra vez entre sus cuernos.

La tablilla de barro iraquí nos presenta su historia
de burocracia y cerveza
mientras la Gran Piedra Rosetta

transforma las exenciones tributarias egipcias
en versos tediosos
y estremecedores.

En una copa de plata tallada en Palestina
antes de la ruina cristiana del juicio final
aparecen hombres y mancebos

que se juntan en el éxtasis del sexo.
¿Pornografía, clases de intimidad
o amor simplemente?

Una máscara olmeca flota
al borde del sueño.
Su forma convexa aún mantiene el calor

de la carne ancestral que la tocaba.
Apenas se le notan cicatrices y marcas
de la *cultura madre*.

La tecnología del siglo XXI
plagia una huella digital de cerámica
dejada hace seis mil años.

Los dientes que borraron los granos de maíz
en lo profundo del Escalante
ahora se descomponen, su energía se ha agotado.

Estas cosas que son más que cosas
son mensajes que esperan por nosotros
para que se abran y se lean,

objetos y lugares que atestiguan
nuestra necesidad de saber
cómo descendimos de los árboles.

Traducción de Israel Domínguez

Fuente:

[Círculo de Poesía: Poemas y conversación con M. Randall](#)

Cuando la justicia se sentía en casa

Algo ha cambiado.
Solo lo viejos amigos,
aquellos que compartían los chícharos
y el arroz blanco
en las noches sofocantes de La Habana
me dicen todavía compañera:
designación dulce
que significa camarada o amigo
amante o familia
en esos días luminosos
cuando la justicia se sentía en casa
con nuestro deseo.

Ahora, no pocas veces,
es señora:
regresión a la prehistoria
cuando casada o soltera
joven o vieja
era de mayor importancia.

De todos modos, compañera y compañero
están labrados indelebles
en los troncos oscilantes de las palmas
en el granito de la Sierra Maestra
y a lo largo de la costa oculta
de una Isla que todavía grita libertad
en los vientos huracanados.

(Traducción de Víctor Rodríguez Núñez y
Katherine M. Hedeem)

Fuente: [Círculo de poesía. Poemas y conversación con M. Randall](#)

Enriquecido por el arte y la revolución

Cuando me haya ido y llegue agosto
a mi desierto,
la lluvia remojará la arena,
su rico aroma se levantará
hasta entrar en los pulmones de otra madre o caminante,
alguien cuya intención o deseo
no puedo saber.

Cuando me haya ido esta pintura de pequeñas islas,
árboles y pájaros en miniatura
flotando en un mágico azul del océano
colgará en la casa de alguien más.
¿Esa persona contará la historia
de campesinos nicaragüenses pobres
enriquecidos por el arte y la revolución?

Una nieta podría heredar
mis aretes turquesas.
Los moldes de barro que usé tantos años,
su olor llenando la casa,
ofrecerán una nueva generación
de pan.
Alguien que todavía no ha nacido quizá leerá este poema.

¿Pero quién hará las preguntas
nacidas de las respuestas
que yo encuentro hoy?
¿Quién conocerá el calor
de este gran amor,
o atrapará los fragmentos de mi memoria
reuniéndose justo antes del amanecer?

(Traducción de María Vázquez Valdez)
Fuente: [Círculo de Poesía](#)

Entre pintura y fotografía

Árboles enormes y colores lavados de El Prado
miran desde esta vieja postal,
sus colores oscuros entre pinturas y fotografía,
estampillas y matasellos impreso
parte del ardid.

3

En otra vida podría mirar esta escena
y ver un jardín secreto.
Pero aquí fue donde se lo llevaron
Enero 3, 1974. Salió a las 9
y nunca más vino a casa.

Fuente: [Círculo de Poesía](#)

Estaciones

El otoño fue crudo ese año,
la temperatura cortaba la carne.
Quedaban ecos,
zumbando en los tímpanos,
riéndose de la inutilidad de las manos.
Las hojas huían de las ramas,
incapaces de resignarse
al no retorno.

El invierno fue peor.
Los pies hormigueaban
bajo el pesado fieltro
que cubría las mesas
con sus pobres ofrendas
de mate y bizcochos,
mientras afuera nuestros cuerpos
se congelaban inmóviles.

La primavera debió traer alivio
pero no lo hizo.
Cada tulipán,
cada pimpollo de azafrán
nos recordaba
que ella no está aquí
para absorber su color,
abrazar su impaciente esperanza.

El verano completó un vacío
que sabíamos sería seguido
por otro,
menos vívido quizás
que el anterior

pero enterrando el mismo escalofrío
bajo la piel,
la misma pérdida.

Las estaciones se desmoronan
Dicen que no te sientes en casa
hasta haber vivido en una
durante las cuatro estaciones.
Lo que no dicen es
que nunca te sientes en casa
cuando una parte de tu hogar
te ha sido arrebatada.

(Traducción de Leandro Katz y Diego Fernando Guerra)

Fuente:

[Círculo de poesía: Poemas y una conversac. con M.R.](#)

Incesto

*"Cuando Margaret escribe su nombre
Margaret es un poema
los lectores deben detenerse y considerar semejante
evidencia (...)"
("Primera nota al pie", p. 23).*

Finalmente, la otrora niña violada encara al abuelo violador,
a la abuela cómplice, y a los anonadados padres que nunca
supieron:

"En este poema sostengo tus ojos y grito:
por favor, mamá, no sigas diciéndonos
las palabras que piensas que queremos oír. Háblanos desde
tu propio miedo.

(...) Mira, yo ahora reúno a mis hijos

agrupo sus estaturas
mato al santo a treinta años de su muerte
toco su carne putrefacta bajo la luna
veo cómo caen en los pilares.

(...) Recojo sus pedazos".

("Para matar al santo", p. 59).

Encarárá también a los dictadores, en especial a sus
compatriotas que se asumen herederos de Dios:

"Bajo mi piel
todas las muertes se aglomeran
junto a esa sola muerte:
en algún lugar de El Salvador,

mayo, 1975:

Roque, revolucionario, poeta, amigo,
torturado y luego asesinado
por miembros desertores de su propia organización.

Uno de sus abusos de guerra desigual,
imposible de borrar".

Traducción: María Vázquez Valdez

La esquina de Latinoamérica

La esquina de Latinoamérica
llaman al sitio
donde una cerca desgastada de metal oxidado
corta la arena blanca, luego desaparece
dentro del agua que no sabe
de fronteras.

Metal reciclado
de tanques y aviones de la era de Vietnam,
desdentado y sosteniendo la imagen improbable
del cacto y el esqueleto.
Pilones rotos, una división
que alguna vez fue: ¿qué? ¿Andrajosa, imponente,
hechiza o bravata absurda?

Esta esquina de Latinoamérica,
donde las líneas de un mapa
son traducidas a faros, armas,
cajas de camioneta pesadas con hombres encorvados
y mujeres
atrapadas, devueltos a su punto de origen
sólo para intentarlo de nuevo mañana
o la próxima semana.

Esquina, como en el más alto y externo
punto en un mapa
alguna vez habitado por Keet Seel hacia el norte
y Casas Grandes hacia el sur.
No un lugar que reúne,
abraza, conforta o protege.

No refugio sino desprotección.

Peligro escrito en grande en el gui3n global.

A un lado de la cerca gastada
un hombre joven se levanta sobre sus brazos
ejercitándose sobre los pedazos torcidos
de una plataforma de cemento, que se desmenuza.
Una mujer y un ni1o
duermen a la sombra larga de la cerca.
Distante: la l3nea poderosa de San Diego en el horizonte
desaparece en la niebla.

Traducci3n: Mar3a V3zquez Valdez

La llorona

No me debe haber sorprendido.
La encontré
cerca de los bancos del San Antonio.

Ya sé, quizá pensabas que escogería
el Río Grande o el Colorado
para sus caminatas nocturnas:
ríos de fuerza y propósito,
dividiendo naciones o rugiendo
por el más grandioso cañón de todos.
Pero yo sabía
que ella prefería la belleza más íntima.
Me había preparado bien.

Casi no escuché su quejido susurrado
entre los gemidos de trenes de carga
asaltando la noche
en esa ciudad del sur de Texas.
Pensé que discernía una clave secundaria,
alta armonía a finales de septiembre,
y seguí el sonido
con libreta en mano
y con el afilado lápiz listo.

Alrededor de la curva se sentó sola,
perfil magnífico
escondido bajo el largo velo negro.
Me confundí al principio
con sombras de árbol en el aire callado.
Casi a medianoche,
y con ese maldito calor,
¿quién podría dormir?

Pensé que correría
pero se volvió
despacio hacia mí,
parecía resignada a hablar.

Gané su confianza: truco de historiadora oral
antes de que la simpatía calentara mi sangre,
y por un breve momento
sentí lo que ella sintió
tantos siglos antes.
Te importa si me siento, temblé,
y me dio a entender
que el desprecio es un compañero solitario:
a ella le gustaba la compañía.
Incluso las leyendas
tienen que soportar
la identificación errónea.

Temerosa de que se diluyera en el calor de Texas
empecé con preguntas
de las que sabía que mis lectores querrían respuestas:
¿Eras pobre pero hermosa?
¿Rica pero fea?
¿O personificabas otra combinación
de clase y magnetismo?
¿Él vino de lejos
o era alguien
con quien jugabas de niña? Ya sabes,
antes de que los papeles de género de la época
te mantuvieran aparte.

Y, respiré hondo, hablemos
sobre los niños
—sé que todavía debe ser doloroso—
pero no le demos rodeos,

la gente quiere saber.
¿Los ahogaste tú misma
o fue alguien más
quien te acusó del crimen?
¿Su padre? ¿Alguna otra autoridad?

Supe que rompía toda regla periodística
de imparcialidad estilo mundo libre
alimentando preguntas,
imponiendo valores del siglo XXI
a esa mujer del siglo XVII
que levantó una mano esbelta
y apartó su velo a un lado.
Una luna llena inundó su piel cobriza.
Los ojos que esperaba hinchados y rojos
perforaron los míos.

Tienes que entender, comenzó,
su voz era como el susurro
de mil grúas Sandhill,
teníamos pocas opciones cuando estaba viva.
Era el matrimonio
o pasar el resto de tus días
sirviendo a tu padre y hermanos.
Y sí, se inclinó hacia adelante,
su rostro casi tocaba el mío,
con el hedor rancio a hojas mojadas

penetrando mi nariz
mientras sostenía el cuaderno,
luchando por respirar,
por qué fingir otra cosa
después de todo este tiempo:
mi tipo de belleza no era alabado—
nariz y orejas grandes,

unas cuantas libras extra,
una sombra difusa sobre mi labio superior,
ojos que vieron demasiado.
Yo quería... no, no, olvida eso,
tuve que escapar o me habría vuelto loca.

Sé que la gente dice que estaba loca
pero fui una mujer con una vida
y no vivíamos tanto
en ese entonces,
una vida que no iba a gastar
con un hombre que sólo venía a casa
cansado de su última extravagancia
y siempre apestando a pulque,
cómo me hastió ese hedor nauseabundo.

Amé a mis dos niños, claro que los amé,
Benjamín y Ceferino,
sí, tenían nombres
y quiero que tú los pronuncies,
todos estos años y nadie se molestó en preguntar.
Amé a mis niños, y,
te diré ahora que traté de salvarlos,
entré en el río
aunque no sabía nadar,
luché hasta que el agua y los juncos
amenazaban con tirarme hacia abajo,
y miré la corriente llevarse sus cuerpos.

¿Por qué no proclama mi inocencia?
no esperé eso de usted,
la pensé más lista,
debe saber que podemos hablar y hablar
y ellos aún creen
sólo lo que encaja en las historias que escriben

para mantenernos bajo control.
Histórica, me habrían gritado
mentirosa o peor.
Historias escritas
mucho tiempo antes de mi tiempo
y no veo que nada haya cambiado demasiado.

¿Es suficiente? Se levantó
y dejó que su velo cayera
sobre su rostro difuminado,
se volteó con un gesto
de resignación o disgusto.
Pero quizá era algo en mis ojos.
Éramos dos mujeres hablando,
no perturbadas por la distancia
que separaba su tiempo del mío,
roles de historiadora e informante
olvidados ahora.

Me ofreció una última sonrisa
y vi una luz trémula
de simpatía
como si yo fuera la leyenda torcida
y ella la poeta
destinada a corregir la memoria.
Antes de que desapareciera del todo
entre el roble y la caoba estéril,
ella tocó mi mano.

Quizá en otros cien años, dijo,
si nuestra Madre no nos ha devorado a todos
y nos escupe al espacio para entonces.

Del libro *The Rhizome as a field of broken bones*, en proceso
de traducción.

Fuente: [cibermaga blospot](#)

Lanzando mi voz a la tormenta

Este poema
lanza mi voz a la tormenta,
pulsando una habitación
o jalando oscuros mantos
alrededor de tus hombros temblorosos,
cambia el peso de un cuerpo
para perfilarlo
contra el muro roto.

El habla tan americana como el pastel de manzana
o una identidad beligerante:
la chica judía
que moldeó su cultura
a partir de pequeñas banderas, pasaportes robados
necatamales[1] y la sangre roja
de antiguas figuras sin brazos:
un cielo demasiado grande
como para tener problemas.
Cuando me vaya
mi voz me buscará
en cañones estrechos,
cuevas pequeñas de río,
el nido del peregrino
abandonado esta temporada
pero febril
en su recuerdo de picos diminutos.

Azotada por la edad
y tomada por la garganta
trino o gimoteo
donde palabras llenas de madera
una vez levantaron vuelo,

mi voz completa el ciclo ahora,
se mueve hacia un destello
de memoria.

¿Surgirá
con las preguntas infantiles en su lengua,
o sonora y poderosa,
lista para la batalla otra vez?

Fuente: [Poetas, antología universal](#)

Los guantes

para Rhoda Waller

Es cierto. Marchábamos en algún lugar
y hacía frío, y compartíamos los guantes
porque sólo teníamos un par entre las dos,
y un policía de New York City compartió también
los suyos, grandísimos, conmigo –qué extraño,
él estaba allí para mantener el orden
y entonces podía ofrecérmelos y yo aceptarlos.

Marchábamos por el Santa María, un barco
portugués cuya tripulación se había amotinado.
Ellos exigían asilo en el Brasil de Goulart
y nosotras desfilábamos en su apoyo
en medio del invierno, en New York City,
yendo y viniendo frente al Consulado de Portugal,
Rockefeller Center, 1961.

Fijo la fecha por mi primer hijo–Gregory nació a finales
de 1960–,
como fijo muchas otras fechas por el primero, la segunda,
la tercera, el cuarto, la cuarta,
y siento su cuerpo en este instante
de nuevo junto a mi pecho,
sostenido contra el frío
por nuestros fuertes pasos de dignidad.

Esa fue mi primera protesta pública, Rhoda,
extraño es que la recuerdes ahora,
en esta carta que habla de una amistad
que ha sobrevivido tantos años.
Cuántas protestas desde aquélla, cuántos
desfiles y concentraciones por causas más grandes,
guerras más largas, heridas más profundas,
tocadas o no por nuestra pasión.

Hoy por nada del mundo un policía se quitaría
los guantes, ofreciéndolos con insistencia
para que me proteja las manos violáceas.
Hoy un niño, apretado contra mi pecho, sería un hijo
de mi hijo, una generación adelante.

El mundo es más viejo y yo dentro de él he envejecido.
Ardo más lentamente con las mismas pasiones.
Las pasiones son cada vez más viejas y, por tanto,
yo cada vez más joven, porque las vivo
con más conocimiento de causa, y me muevo dentro
de ellas, preñada de miedo, pero sin doblar las rodillas.

Los guantes siguen allá, en el frío
y pasan de mano en mano.

(Traducción de Víctor Rodríguez Núñez)

Fuente:

[Círculo de poesía. Poemas y una conversación con M.R.](#)

No los Espíritus

No los espíritus en su conjunto, comunidad,
aquellos que vivieron en este sitio
y murieron aquí
día tras día
hasta que después de meses, después de años,
la arquitectura breve del hueso
arraigó viva en la sucesión generacional.

No plural sino singular: una mujer
inclinada sobre el metate, empujando
contra la mano de piedra,
trabajando el grano
luego entregándoselo
a otra junto a ella
que con una piedra más llana
lo pulveriza
hasta que flotan las partículas.

O un hombre, colocando una fila
de piedras emparejadas,
instalando el dintel
encima del marco de la ventana,
uniendo el espacio de la pared del nicho,
ángulo a ángulo, la terraza a ese espacio
donde un niño pequeño
atisba el mundo
y se pregunta dónde termina.

No plural sino separado. Cada vida
mezclándose ahora con mis propios muertos:
el amado padre,
el poeta revolucionario

cuyos hermanos no le permitieron vivir,
el abuelo que tomó lo que no era suyo,
la chica de ojos redondos que cayó del cielo.
Arquitectos, cronistas
de tiempo y espacio
astutos o cariñosos.

Cocinera cuyas platillos
sustentan. Mujer
que lleva el dolor del amado
entre las costillas.
Pescador. Granjero. El que sana
lo que está fuera de lugar.

Dakini, Danzante del Cielo,
tú que vuelas llenando de aquí
para allá esta alba
con el sonido de relojes que caminan.
Jalándome hacia el norte, el sur
a través de desiertos, arriba al cañón
hasta el horizonte de la memoria
para luego descender la vertiginosa espiral
de mi miedo repelido.

Traducción: María Vázquez Valdez
Fuente: [La casa transparente](#)

¿No podemos...?

¿No podemos
simplemente dejarlo atrás?
preguntan los intocados,

pero ¿dónde es atrás,
hacia qué punto cardinal
se yergue,
qué clima soporta,
qué intersección
de latitud y longitud,
el punto de la mira convergiendo
sobre su rostro hambriento?

¿No podemos simplemente seguir adelante?
como si la silla vacía
no estuviera metida bajo el borde de la mesa,
ese lado de la cama desierto y frío,
o el espejo reflejando una cara sola
no se burlara de estas vidas
que habitamos:
ocupantes incómodos
pagando en cuotas
por lo que ya no tenemos.

Sin él, sin ella,
sin aquellos que arrancaron
de este aire que respiramos,
ya no poseemos nuestras vidas
el espacio que nos rodea,
sonidos dulces de la calle o el campo.

Sin ellos
no podemos seguir adelante,
porque ¿cómo van a encontrarnos
cuando vuelvan trastabillando a casa?

Parada donde estuviste

“Atesoro el recuerdo del día
en que aguardé cerca del agua y no avancé”.
Bárbara Kingsolver, High Tide in Tucson.

Parada donde estuviste, observando
el río Laguna,
conocido entonces con un nombre diferente
o ninguno, su curva plateada
rebanando muros de piedra arenisca
que se levantan tan nuevos
como antiguos,
mientras el agua roza la roca
en una ondulación siempre distinta.

Todo aquello, efímero aún y para siempre,
la paradoja misma
trayéndote a esta cueva
antes de ordenarte que te vayas.
Suficientes lluvias para un delta fértil
de maíz y frijol,
nueces exuberantes de los pinos.
Y luego nada de lluvia.
La vida y la muerte
en esa diferencia.

Quiero ver lo que tú viste,
descansar mis ojos
en el color de la mañana,
verde oscuro que se torna rojo
y llena los pliegues de la roca,
colocándose dentro
de esta pintura de ochocientos años,
diferente y a la vez igual,

que cuando evoca tu escasez
 nombra la mía.

Tú miras desde tu hogar
 en el centro del mundo.

Yo miro
 lo que queda de ese centro,
 sitio de valor y actos cotidianos,
 luego doblas tus piernas y te sientas
 en el momento lúcido
 de mi pregunta.

Nos reconfortamos en esta agua plateada
 y trazamos un tiempo que nos empequeñece a ambas,
 en la espiral que nos reúne frente a frente.

(De Testigo de Piedra)

Prefacio

Mil novecientos treinta y seis: Me apresuré como de costumbre
pero llegué tarde. Ocho siglos
o diez mil años,
con mi pequeña historia atada a la espalda.
La comida llegó pesada y envuelta
a un lugar hinchado, excedido.
Mío, mío, mío
era el mantra que pude cantar
en cualquier estación.
Podía ser quien era
y también alguien más.

Llegué tarde y también muy temprano.
Llegué a la justicia
antes de su tiempo.
Indispuesta para recibirme,
su rudo agarrón hirió mi mano,
incrustando sus promesas en mi carne.
Jugaba con malabarismos al género.
Llegué temprano y también tarde.
Jugaba a los hijos, al servicio,
mi explosión de palabras
sobre la roca, el pergamino,
o flotando en el ciberespacio.

Sólo la poesía y el amor me esperaban
donde podíamos reír.
Después de tantos falsos arranques
llegaron enteros y seguros
antes de la línea de meta.
Mi mano cupo perfectamente en la huella antigua,
un habitat se acomodó

sobre mis hombros.
Soy eclipse ahora,
un calendario de esperanza.

Estamos en 2013 y descubro
que finalmente estoy a tiempo.
Pronto voy a desaparecer
junto con todos los de mi especie,
y la Tierra
con su reloj sincronizado,
se despertará una mañana azul-verde,
con sus ritmos a salvo ya.

Parte de la Solución (fragmento)

Texto basado en relatos de guerrilleros colombianos, durante los tres periodos de violencia, de 1948 hasta el presente).

Primer guerrillero

Voy a acordarme bien. Es que a ratos tengo mala memoria salimos de Riochiquito después de la agresión militar a la zona la primera pelea con los chulos* en un sitio llamado Palomar, siendo de la parte nuestra un herido, del Ejército
varios muertos.

Y hacia el firme de la montaña.

Ese día llovió mucho, parecía que el cielo estuviera roto llegamos mojaditos Marulanda nuestro comandante preparó una emboscada

ese día cuando nos retiramos
los centinelas abandonaron los puestos de vigilancia a
destiempo
y nos asaltaron.

Hirieron a Lucio Mesa le quitaron equipo y arma
pero lo cargamos. Esa noche murió.

Al otro día llegamos a una nueva cuchilla entre Montalvo
y Chiquila
Leonardo se quedó de cansancio perdió el ritmo de la marcha
mientras lo estábamos esperando más adelante
lo cogieron los chulos y lo mataron a machete

* Soldados del gobierno (N. de la autora). En español en el original (N. del T.)

Cruz estaba engarrotado de hambre se puso amarillo no volvió
a hablar murió.

Llegamos a un ranchito dos viejitos marido y mujer
Marulanda les hizo una charla explicándoles el por qué
luchábamos por la revolución
nos vendieron cierta caña de azúcar.
Marulanda era como un reloj

Muchachos es la hora del desayuno cada uno sacaba su pedacito
de caña
Okey es la hora del almuerzo chupamos otra vez nuestro pedazo
de caña
No se olviden que ésta es la hora de la comida y seguía la
chupadera de caña.

Los chulos estaban por todas partes.
Esa noche salimos.
La luna apareció por fin.
La noche no estaba tan oscura.
Sentimos ruido cerca de los chulos que se movían en una
emboscada
nos quedamos quietecitos en una pequeña bola de monte
todos arrinconados y listos. Pasaron cerca.
Escuchábamos su respiración...
Con paciencia esperamos la noche.

A las seis y media salimos caminamos hasta que el sol
se levantó
por mucho tiempo.
hemos estado casi sin zapatos
moviéndonos otra vez hacia Marquetalia,
rompiendo el cerco...

Segundo guerrillero

Éramos más de cien colonos ésta es un historia vieja de hace
más de diez años.

Cuando el Ejército nos atacó habíamos empezado a coger la
cosecha de café

No se alcanzó a coger ni la cosecha.

Nos dividimos en tres columnas una se quedó haciendo frente
otra atravesó para Sumapaz y nosotros hicimos la marcha de ruta
hasta Guayabero.

La marcha empezó en enero entonces todo Guayabero era
pura selva
y les dijimos a los campesinos:

Venimos de oriente y somos guerrilleros y traemos este
programa.

Ocho años descuartizando montaña.

Entonces el Ejército atacó la evacuación empezó.
Recuerdo mucho el primer contacto fue el 8 de junio.
Estábamos pasando un río en un cable cuando nos
comunicaron
que había llegado otra evacuación de familias de Guayabero.
Corrimos.

En total eran sesenta y dos familias como cuatrocientas
personas
duraron dieciocho días en la marcha por selvas montañas
rusios^{**}
cuatro grandes ríos.

Sus vestidos estaban deshechos casi nadie venía calzado.

Siete guerrilleros venían como edecanes o auxiliares de las
familias las plantas de sus pies todas carcomidas.
Una niña perdió un ojo un viejo guerrillero había perdido su

^{**} Parte del páramo con bastante vegetación (N. del T.)

mujer y sus dos niños.
Se perdieron de camino y murieron de hambre y frío.
Y ahora
¿qué vamos a hacer?

Quiero que mi hijo mayor se marche con la guerrilla el menor
me lo dejan para que me ayude en el trabajo.

Después de instalar las familias en la región marchamos
en guerrilla
hacia Guayabero. Subimos hasta el rusio. Hacía bastante frío.
Cuando comenzamos a bajar un guerrillero descubrió el cadáver
de uno de los niños perdidos
Se había rodado por un precipicio y unas ramas lo detuvieron.
Su cuerpo estaba intacto, sus manecitas con los dedos apretados
por el frío.
Estaba encogido como queriendo darse un poco de calor, el frío
mantenía fresca su piel
Lo miramos largamente.
Seguramente que su madre lo dejó un rato mientras se adelantaba
a buscar agua.
El niño trató de caminar y rodó por el precipicio,
tendría unos siete años,
seguro su madre se perdió del camino y no lo pudo hallar.
Lo enterramos.
Y seguimos.

¿Ocho años descuartizando montaña para volver a comenzar
otra vez?
Ya Guayabero no es el mismo Guayabero. Ahora sólo queda
la guerra,
hasta el fin.

Tercer guerrillero

Corrimos. Yo busqué la retaguardia para pasar la cerca de alambre.
Al volar por encima me pegaron dos tiros
en el músculo del brazo derecho.

Los otros lograron cruzar rápidamente.

Yo aflojé el arma y caí sobre ella.

El brazo se me iba hinchando.

Los chulos seguían tirándome cada disparo levantaba tierra
sobre mi cabeza.

Tiraban y rugían uno de ellos lanzando insultos trató de saltar
la cerca.

Escuché tableteo de ametralladoras y tiros de M-1. Vi
una mirada de locura en los ojos de uno de los chulos
su deseo de matarme como queriendo pisotear una culebra.

Se arrimó. Me quemó dos tiros.

Al verlo encima me dio fuerzas agarré el fusil
y arranqué a correr.

El brazo parecía una matraca se enredaba en los chamizos.

Donde se enredaba tenía que coger con los dientes

el porta-fusil

para desenredarlo.

Después apareció otro chulo vació su fusil me dio por muerto.

Me fulminaron me dejaron contra un matojo.

Cuando ya estaban encima les disparé al primero que le di
se fue a tierra

el otro brincó y se tendió disparando contra mí quemé otro
tiro

y arranque de nuevo.

Al ver que tenía arma y les disparaba no me siguieron más

.. .borrando el trillo de la sangre. . .

.. .ya no sentía el brazo conmigo. . .

Sentí frío. No pude dormir.
Una compañera embarazada me curó la herida un día
A la mañana desperté. Una nube de moscas. Por poco
me desmayó
No sabía yo lo dañoso que una mujer en ese estado cure
una herida
y sobre todo que la mire.
Me dijeron después que tenía una mirada muy fuerte como
si tuviera electricidad.

Por la tarde los gusanos aparecieron en la herida.
Me dormí.
Me desperté.
Los gallinazos. Las moscas. Los gusanos. Al día siguiente
un campesino arrimó por el olor y los gallinazos.
La carne comenzó a abandonar mis dedos caían día a día
Un compañero recogía los huesos y los enterraba
el brazo parecía un yo-yo sólo me quedaba el dedo pulgar
la herida supuraba sangre.

Cuando llegaron los doctores me llevaron a una ciudad los vi
cómo cortaban la carne y los huesos
vi cómo curaban lo que todavía quedaba.
Me quedó este muñón.

Regresé a mis compañeros otra vez preparándose otra vez
aceptaron
llevarme con ellos.

Cómo corren los chulos
las balas zumbádoles cerca
cómo corren!
Estoy de nuevo en la montaña.
Esta es mi casa.

Fuente. [Poetas comunistas](#)

Prólogo

Mil-novecientos-treinta y seis. Siempre iba apurada
pero llegaba tarde. Ocho siglos
o diez mil años,
mi pequeña historia sujeta a mi espalda.
La comida llegaba bien envuelta y con su peso exacto,
la protección y el refugio quedaban de excedentes.

Lo mío, lo mío, lo mío
era un mantra que podía cantar
en cualquier estación.
Podía ser quien era
y también otra persona.

Llegaba tarde y también demasiado temprano,
Llegaba a la justicia
antes de su hora,
quien no estaba preparada para recibirme,
su áspero modo de agarrar lastimaba mi mano,
clavaba sus promesas en mi carne.

Haciendo malabarismos con el género
Llegaba temprano y también tarde.
Los niños, el servicio a los demás,
la explosión de mis palabras
sobre roca, sobre pergamino
o flotando en un ciber-nube.

Solo la poesía y el amor se encontraban conmigo
allí donde nos podíamos reír.
Después de tantos comienzos falsos
ellos llegaban enteros y seguros
antes de la meta.

Mi mano coincidía con la huella antigua,
un radio de la existencia
que descansa sobre mis hombros.
Ahora soy la convergencia lunar,
un calendario de esperanzas.

Es el 2018, y descubro
que estoy perfectamente a tiempo.
Pronto desapareceré
junto a toda mi especie
y la tierra
con su reloj sincronizado
despertará en una mañana verde azul
sus ritmos
por un tiempo a salvo.

(Traducción de María Vázquez Valdez)

Fuente: [Círculo de poesía: Poemas y una conversación con Margaret Randall](#)

Salgo afuera

Salgo afuera, al aire de los pinos
una mañana de enero en Nuevo México.
Parada justo entre el confort del hogar
y el rostro rocoso de la montaña
mis ojos se lavan en la familiaridad del asombro.
Cada rama de pluma de apache
cada flor de cactus está iluminada.
Me acarician todos los colores del invierno.

Lentamente, me doy cuenta de mi respiración,
de afuera hacia adentro, de adentro hacia afuera,
tal inmensidad expandiendo y contrayendo los pulmones
en un ritmo fácil.

Pero de pronto el paisaje se torna
las calles llenas de humo de Bagdad.
Y una mujer, quizá de mi misma edad,
quizá idéntica a mí en temperamento y esperanza,
lucha para respirar mientras corre.

Pero no existe para ella lugar seguro.
No existe en esa ciudad de mezquitas
boca arriba, como blanco recientemente pintado,
junto a las aguas del Tigris.
En Bagdad, donde mira la mujer
el humo negro que tose en las puertas
las llamas que succionan las aristas de los edificios
que ya dejaron de ser edificios,
que ya dejaron de ser hogares.
Donde el llanto de un niño no se apaga.
En el resplandor de esta mañana en Nuevo México
otra vez respiro.
No puedo comprender cómo ni por qué

soy capaz de inhalar este aire
y exhalarlo de nuevo.
No lo puedo comprender.
¿Cómo es posible que mi gobierno
en este preciso instante continúa aplastando
a un pueblo a medio mundo de distancia?
Más de 15.000 ataques
es la contabilidad de una noche de noticias
Más de 22.000. Más de 55.0000.
Ahora ni siquiera publican los números
porque los números y el daño no concuerdan.

Y yo acá, entera,
respiro este aire frío y limpio.
Al menos, debería quemarme con esta contaminación
que viaja como el sonido
a su punto de origen.

¿La mujer a quien me asemejo?
Siento su mano sobre la mía.

¿Qué mirarán sus ojos ahora?
¿Algún día seremos hermanas?

(Traducc. María Vázquez Valdez)

Fuente: [Ocurre mientras dormimos, blogspot](#)

Todos mentimos

Quisimos hacer del mundo un lugar mejor
pero todos mentimos.
Luchamos contra el poder con humildad,
entrega, inteligencia
y la suerte del inocente.

Las mentiras del enemigo nos invadieron, su lenguaje
disminuyó nuestras filas,
nos colocaron unos contra otros,
tocaban a los amantes, confundiendo
quiénes éramos y por qué.

Y nosotros mentimos sobre ellos, alegando
que eran narcotraficantes y asesinos,
que sus alimentos estaban envenenados
y sus calles no eran seguras.
Después mentimos sobre nosotros mismos
sembrando graves dudas, poniendo trampas terribles.

Por supuesto que le mentimos a la CIA
y a los otros torturadores.
Pero también a nuestros padres, a nuestros hijos
y a todos aquellos que deseaban de nosotros
la verdad.

Mentimos por omisión, convencidos de que teníamos
que ocultar las contradicciones.
La verdadera historia solo podía beneficiar
a los que anhelaban destruir el sueño,
a los que nos querían muertos.
Las cuentas se saldarían más tarde.

Mentimos para proteger a los nuestros y para justificar
que no nos protegíamos.

Mentimos a cerca de la necesidad de conocer lo esencial,
repetíamos como papagayos las palabras de nuestros líderes,
incluso cuando fingían no haber cometido ningún genocidio.

No cuestionamos la desaparición de él,
las cien puñaladas en el cuerpo de ella,
seguimos a nuestros guías que nos mentían,
y entonces mentíamos a nosotros mismos:
el dolor que cambió nuestras moléculas.

Hasta que luego nos convertiríamos en la promesa
que no cumpliríamos, en un fantasma agotado
y destinado a vagar con los ojos huecos:
la mentira que volvería a rondar un sacrificio
demasiado grande para ser nombrado.

(Traducción de Israel Domínguez)

Fuente:

[Círculo de poesía, poemas y una conversación con M.R.](#)

Tsunami

1.

Horas antes de la catástrofe
en la playa de Khao Lak
ocho elefantes miraron hacia el mar
y emitieron un sonido que su entrenador
sólo pudo definir como llanto.

Brevemente se calmaron, luego bramaron de nuevo
respondiendo con certeza decidida
a la inminencia de la muerte.
Dang Salangam recuerda a los turistas
montados en esas grandes espaldas, sus ojos asombrados

mientras los animales corrían con ellos
hacia una tierra más elevada. Arriba y arriba,
y cómo otros elefantes sin montura
rompieron sus cadenas de acero, usaron sus trompas
para levantar a otros

y corrieron hacia la colina cubierta de selva,
lejos de la playa donde miles morirían.

2.

La primera de las olas gigantes rompió entonces,
un torrente estalló y viró
muy cerca de donde los elefantes se estremecieron y solloza-
ron.

Antes de que el océano se agrietara,
el agua tiró de una aterrorizada orilla

desnudando un paisaje
nunca destinado a los ojos humanos
sólo para volver feroz

barriendo casas refrigeradores zapatos
una decisión, un bostezo,
palabras que nunca se dijeron,
miradas fijas en lo que había desaparecido
estructuras frágiles, raíces hondas como generaciones

una madre joven abrazando a su recién nacido,
un hombre gritando por su hermano,
manos arrancadas de otras manos,
familias pescando, carpinteros, el maestro,
el tendero y el tonto del pueblo,

ah, y los niños más valientes,
aquellos que se aventuraron más allá
de lo que momentos antes
había sido su patio de recreo:
todo arrancado por la traición de la naturaleza.

Algunos fueron testigos
segundos antes de sucumbir.
Otros, condenados por la supervivencia,
viven
con la maldición de la memoria

invocando el registro humano
gracias a ocho elefantes
cuyos grandes corazones descifraron el código
que nos engrana al desastre.

Fuente: [Fernando Sabido, bogspot](#)

Bibliografía

Libro: [“Los hippies”, un fenómeno social norteamericano \(archivo pdf\)](#)

[Margaret Randall en la novísima vanguardia poética de los EE.UU.](#)

[Margaret Randall lee algunos poemas \(youtube\)](#)

[Margaret Randall recita el poema “Salgo fuera”](#)

[La memoria es fundamental: Un diálogo con Margaret Randall](#)

[Las mujeres: Margaret Randall. Ed. Siglo XXI, 1970](#)

[Entrevista con Margaret Randall](#)

[El Corno emplumado, nº.1](#)

[Poemas y una conversación con Margaret Randall](#)

[La Jiribilla: entrevista con Margaret Randall](#)

Dónde adquirir varias obras en español de Margaret Randall:

[Amazón.es: Libros de Margaret Randall](#)



Índice

Apunte biográfico de Margaret Randall	3
Abriéndose como una roca	5
Carta de Managua (1)	7
Carta de Managua (2)	9
Cosas 1	11
Cuando la justicia se sentía en casa	13
Enriquecido por el arte y la revolución	14
Entre pintura y fotografía	15
Estaciones	16
Incesto	18
La esquina de Latinoamérica	20
La llorona	22
Lanzando mi voz a la tormenta	27
Los guantes	29
No los Espíritus	31
¿No podemos?	33
Parada donde estuviste	35
Prefacio	37
Relatos de guerrilleros	39
Prólogo	45
Salgo afuera	47
Todos mentimos	49
Tsunami	51
Bibliografía	53

Colección de poesía social

“Entre los poetas míos...”

- | | | | |
|----|------------------------|----|---------------------------|
| 1 | Ángela Figuera Aymeric | 43 | Elvio Romero |
| 2 | León Felipe | 44 | Agostinho Neto |
| 3 | Pablo Neruda | 45 | Dunya Mikhail |
| 4 | Bertolt Brecht | 46 | David González |
| 5 | Gloria Fuertes | 47 | Jesús Munárriz |
| 6 | Blas de Otero | 48 | Álvaro Yunque |
| 7 | Mario Benedetti | 49 | Elías Letelier |
| 8 | Erich Fried | 50 | María Ángeles Maeso |
| 9 | Gabriel Celaya | 51 | Pedro Mir |
| 10 | Adrienne Rich | 52 | Jorge Debravo |
| 11 | Miguel Hernández | 53 | Roberto Sosa |
| 12 | Roque Dalton | 54 | Mahmud Darwish |
| 13 | Allen Ginsberg | 55 | Gioconda Belli |
| 14 | Antonio Orihuela | 56 | Yevgueni Yevtushenko |
| 15 | Isabel Pérez Montalbán | 57 | Otto René Castillo |
| 16 | Jorge Riechmann | 58 | Kenneth Rexroth |
| 17 | Ernesto Cardenal | 59 | Vladimir Maiakovski |
| 18 | Eduardo Galeano | 60 | María Beneyto |
| 19 | Marcos Ana | 61 | José Agustín Goytisolo |
| 20 | Nazim Hikmet | 62 | Ángel González |
| 21 | Rafael Alberti | 63 | Manuel del Cabral |
| 22 | Nicolás Guillén | 64 | Endre Farkas |
| 23 | Jesús López Pacheco | 65 | Anna Ajmatova |
| 24 | Hans Magnus Enzensberg | 66 | Andrés Bellón |
| 25 | Denise Levertov | 67 | José Portogalo |
| 26 | Salustiano Martín | 68 | Julio Fausto Aguilera |
| 27 | César Vallejo | 69 | Aimé Cesaire |
| 28 | Óscar Alfaro | 70 | Carmen Soler |
| 29 | Abdellatif Laâbi | 71 | Fernando Beltrán |
| 30 | Elena Cabrejas | 72 | Gabriel Impaglione |
| 31 | Enrique Falcón | 73 | Roberto Fernández Retamar |
| 32 | Raúl González Tuñón | 74 | Affonso Romano |
| 33 | Eberto Padilla | 75 | Wisława Szymborska |
| 34 | Wole Soyinka | 76 | Francisco Cenamor |
| 35 | Fadwa Tuqan | 77 | Langston Hughes |
| 36 | Juan Gelman | 78 | Francisco Urondo |
| 37 | Manuel Scorza | 79 | Carl Sandburg |
| 38 | David Eloy Rodríguez | 80 | Silvia Cuevas |
| 39 | Lawence Ferlinghetti | 81 | Victoriano Cremer |
| 40 | Francisca Aguirre | 82 | Nicanor Parra |
| 41 | Fayad Jamis | 83 | Ledo Ivo |
| 42 | Luis Cernuda | 84 | Amiri Baraka |

Colección de poesía social

“Entre los poetas míos...”

- 85 Muriel Rukeyser
- 86 Jorge Etcheverry
- 87 Alí Ahmad, “Adonis”
- 88 Víctor Valera “El Chino”
- 89 Attila József
- 90 Daisy Zamora
- 91 Eugenio de Nora
- 92 Mario Jorge de Lellis
- 93 Floridor Pérez
- 94 Yannis Ritsos
- 95 Rosario Castellanos
- 96 Agustín Millares
- 97 Jesús Lizcano
- 98 Amílcar Cabral
- 99 Charles Reznikoff
- 100 Antonio Machado
- 101 Matilde Alba Swan
- 102 Juan T. Ávila Laurel
- 103 Ferreira Gullar
- 104 Andrés Eloy Blanco
- 105 Bertalicia Peralta
- 106 Jorge Barco
- 107 Angelina Gatell
- 108 Pier Paolo Pasolini
- 109 Conrado Santamaría
- 110 Diana Morán
- 111 Uberto Stabile
- 112 César Cantoni
- 113 Youssef Saadi
- 114 Alejandro Ippolito
- 115 Patricia K. Vergara Sánchez
- 116 Pedro Lezcano
- 117 Eduard Ivau Renaud
- 118 Roberto Santoro
- 119 Ho Chi Minh
- 120 Margaret Randall
- 121 José Leonel Rugama
- 122 Félix Sánchez Durán

Cuaderno 120 de Poesía Crítica

MARGARET RANDALL

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Agosto

2018

∞